

Perfiles

María Flora Yáñez, Solamente Escritora

Por LUIS MERINO REYES

En 1933 publicó María Flora Yáñez su primera novela, "El abrazo de la tierra", y desde esa fecha se distanció de Alone, a causa de un prólogo nunca aparecido. La novel escritora fue exaltada entonces por Iris, cuñada suya, periodista literaria de fuste. Después siguieron numerosos tomos de novelas y cuentos y un valioso aporte al estudio de la literatura de su país, intitulado "Antología del cuento chileno moderno", desde 1938 a 1958, el período de una generación. En dicho libro no aparece Marta Brunet, lo que prueba que María Flora Yáñez es una escritora apasionada y excluyente.

Pero lo que de verdad interesa es que María Flora Yáñez es una escritora integral; no posee otra ventana para mirar al mundo. Esta condición que pareciera obvia no es tan frecuente como pudiera imaginarse. Nada se presta tanto a la simulación y al autoengaño como el ejercicio de la literatura; de ahí proviene tal vez el desdén que los profesionales universitarios sienten por ciertos escritores, como si alguna universidad pudiera otorgar títulos de poetas o novelistas. Pero es fácil que el simulador elabore un ícono de sí mismo y camine con su imagen buscando un altar donde situarlo.

María Flora Yáñez, en cambio, nunca ha dejado de ser únicamente escritora; incluso, cuando define, frenada por su irrenunciable compostura, a personajes que ella conoce o conoció y cuya descripción dinámica agrega al literato esos elementos propios de la vida, que llegan a producir la paradoja de que un escritor sea como personaje superior a las mismas creaturas de sus libros. La afirmación de Soeren Kierkegaard de que el escritor no puede estar ni un día sin ser fiel a su oficio ofrece en María Flora Yáñez una honrada vigencia.

Todo, por cierto, sin que su actitud implique reducir la vida a literatura, a fabulación libresca. El fenómeno es más complejo. El curso de la existencia transcurrida con amor, dolor y desencanto; con fuertes pasiones y frío escepticismo, nos dan la clave de lo que viene a ser la renovada expresión artística que no se amilana frente a las perfecciones logradas



en otro tiempo, que defiende su testimonio efímero y singular. Y si como mujer, como madre, María Flora Yáñez ha sufrido terribles dolores, de aquellos que ni la memoria logra obnubilar, ella los ha superado librando del olvido la obra literaria vehemente del hijo muerto, escribiendo su prosa

infatigable, sin renuncios sentimentales, en ese plano sensible y lúcido, libre de cronologías y circunstancias a que obliga la diferenciación artística.

Restaría pensar, para situarnos de nuevo en el mundo cotidiano: ¿por qué a María Flora Yáñez no se le ha concedido el Premio Nacional de Literatura y por qué la novelista destina tanto pensamiento a este problema? Tampoco han recibido el Premio Nacional, Alberto Romero, ni Diego Muñoz, ni Daniel Belmar, ni el nombre con el cual tantos hacen hoy una gárgara, sin haber leído tal vez nada de su telegrafía angélica, María Luisa Bombal. La distinción que tiene, por supuesto, más valor en Chile que en el extranjero, preocupa a los escritores nacionales y los impele a iniciar procesos de figuración que no siempre se avienen con sus temperamentos. Los introvertidos se convierten en histriónicos oradores, los maestros descienden de su torre de marfil para corear brindis en los banquetes, admiradores de movimientos literarios foráneos, de circuito cerrado, escarmanan glorias escolares. Aparte, por supuesto, de los concursos de antecedentes y de las autoproclamaciones, fronteras es con la locura.

A manera de vulgar consuelo, recordaremos que Charles-Pierre Baudelaire, el genio poético innovador por excelencia, divulgador en Europa de Edgar Allan Poe, fundador de la crítica de arte, sólo mereció un premio juvenil de dibujo, un accésit por sus estudios de latín y un proceso judicial por su libro de poemas "Las flores del mal".

Antes que el Premio Nacional de Literatura, María Flora Yáñez ha merecido los tributos de dolor inherentes, en mayor o menor grado, a toda vida humana y que someten al ser más defendido a espantosa presión, pero la escritora medular que hay en ella ha sabido vencer la adversidad y la incompreensión y actualmente escribe sus memorias. Evoca en ellas su juventud, la recia imagen de su padre, don Eliodoro Yáñez, bastión de la inteligencia y de la destreza política, barreras tan vulnerables, con esa fe en la palabra escrita que viene a ser más fuerte que el obsequio de la razón hecho a Dios.